

eso, debo escuchar cuidadosamente para contestar, y sí, tratar de aprender de lo que dice la persona.

De esta manera las personas a quienes adiestro ganan confianza en su propia habilidad para descubrir y entender la Palabra de Dios para ellos. Ven que no enseño, sino que escucho, y que no solo escucho, sino que aprendo de ellos. Ven que tienen algo significativo que ofrecer.

Discernir la Voluntad de Dios

En nuestro papel profético los pastores necesitamos desafiar a las personas a mantener la fe, pelear la buena batalla. Y con frecuencia eso significa darle a la congregación una palabra vigorosa.

El otro lado de la función profética, el lado que el mentor subraya, es ser alguien que alienta. La meta es la misma – vivir fielmente el estilo cristiano de vida – pero los medios son diferentes: el aliento, la afirmación, el elogio.

Una vez más, como mentor no quiero decirle a la gente cuál es la voluntad de Dios para ellos; quiero que la descubran por ellos mismos. Y eso sucede mejor, es lo que he notado, cuando afirmo lo que marcha bien en una persona.

Continuará ...

E-Mail: domadar@yahoo.com – Telf. 575-1000
Website: www.contra-mundum.org/renovacion.html

Nº 171

Comunidad
Cristiana
Renovación
Nº A-18

**Estableciendo
el Estándar** | **La Manera en
que Somos
Cambiados**



“¡Por fin estoy aprendiendo a relajarme! Desafortunadamente, la relajación me pone tenso.”

Siendo Mentores
25 de Junio, 2006

La *Ekklesia*, un Lugar para Adorar Juntos

Por Donald Herrera Terán

El discípulo de Cristo Jesús puede presentar sus oraciones y estudiar las Escrituras de manera privada y personal. Sin embargo, Dios ha diseñado la *Ekklesia* para una expresión **colectiva** de nuestra adoración y alabanza personal.

Dios ha redimido un PUEBLO. Este pueblo del Señor le rinde homenaje de manera colectiva. La adoración y la alabanza del pueblo del Señor es más que la suma de la alabanza y la adoración personal de sus distintos miembros. Cuando nos reunimos para adorar al Señor no simplemente *sumamos*. Más bien, *¡multiplicamos!* Nuestra expresión de alabanza crece **exponencialmente**.

Al alabar al Señor unimos nuestras voces en expresiones comunes de alabanza. Al cantar lo mismo también funcionamos como comunidad confesora. Aquello que confesamos juntos llega a distinguirnos, tanto de manera colectiva como personal y familiar.

Además de *cantar* juntos en la adoración colectiva también *oramos* y *alabamos* de manera colectiva. ¡Es hermoso saber que el pueblo del Señor se une de corazón para presentar al Señor sus peticiones y necesidades, preocupaciones y decisiones! *Orar* juntos es una expresión de comunidad. También *alabamos* juntos, expresando de manera audible nuestros elogios y reconocimientos al Dios de los cielos. De modo que la comunidad del pacto también expresa su unidad al alabar al Dios único y trino.

Hay un tercer elemento del que disfrutamos en la reunión de la *Ekklesia*: la **profecía**. Al reunirnos sabemos que respondemos a la convocatoria hecha por el Señor que nos ha salvado. Este Señor nos convoca para bendecirnos con Su Palabra. Y Su Palabra ha de ser el centro de nuestra reunión, iniciando con la exposición de las Escrituras.

Pero la profecía — la voz de Dios en la reunión — también está presente en el *canto*, en la *oración*, en la *alabanza*. Y también ha de estar presente en las palabras que nos dirigimos los unos a los otros. Colosenses 3:16 es clave sobre este tema: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría.” ¡Y todos tenemos necesidad de una medida constante de sabiduría en nuestras vidas! Todos estos son motivos bíblicos para no dejar de congregarnos.

Siendo Mentores

Por Earl Palmer

♦ *Escuche*. Acababa de finalizar mi primer año en el seminario cuando fui a pasar un verano con Bob Munger, entonces pastor de la Primera Iglesia Presbiteriana en Berkeley. Con solo un año de seminario mis conversaciones tendían a ser más bien ingenuas. Sin embargo Bob, de manera sorprendente, parecía disfrutar oyendo el pequeño ingenio e inteligencia que este joven seminarista tenía que ofrecer. En realidad escuchó lo que tenía que decir. ¡Me hizo sentir como si quisiera aprender de *mí!*

Y así es como Bob Munger llegó a ser mi mentor – me alentaba a expresar mis propios pensamientos. Me ayudó a desarrollarme porque sus palabras y postura me telegrafiaban un mensaje vital: “Respeto lo que dices. Estoy interesado en tus pensamientos. Puedo aprender de ti.”

♦ *Aliente el desacuerdo*. Los mentores más efectivos son aquellos que se sienten cómodos con una interacción dinámica con aquellos para quienes son mentores. No puedo dar información como a cucharadas y ser un mentor. Es cuando soy lo suficientemente flexible como para permitirle a alguien la libertad de negociar con lo que digo que soy un mejor mentor.

Cuando estaba en el seminario, mi primer compañero de habitación, Lynn Bolick, era un estudiante de los años superiores. Nos enfrascábamos en discusiones teológicas y teníamos nuestras buenas diferencias de opinión. Pero nunca canceló nuestras discusiones, escudándose en sus años adicionales de educación para apabullar mis ideas. Disfrutaba de los debates que teníamos y me daba espacio para expresarme. Ese proceso me ayudó a clarificar buena parte de mis procesos de razonamiento. Y aquello, a la vez, reafirmó mi confianza en mi habilidad para tratar con asuntos importantes.

Así que aliento a las personas a quienes adiestro a cuestionar lo que digo. Después de haber expresado mi opinión sobre algo, les digo, “tendrás que resolver este asunto por ti mismo, pero así es como yo lo miro.” Incluso podría preguntar si ven algún problema en lo que acabo de decir.

Más importante aún, alentar la interacción es asunto de no actuar a la defensiva cuando la gente expresa sus desacuerdos. No puedo apresurarme a defender lo que he dicho, sino que, en lugar de

modo. Nadie puede ser salvo sin una fe viva en Jesucristo manifestada por una vida santificada hacia Él por medio de la observancia de Su Ley. Esto es verdad a pesar de cuán bien le vaya al individuo en las calificaciones de su rendimiento, las pruebas SAT o de cuántos trofeos pueda haber ganado en los deportes individuales o por equipo. La medida de bondad se debe definir en términos de la Palabra de Dios. ¿Estoy diciendo que el rendimiento académico y los logros atléticos no son importantes? Todo lo contrario. Con frecuencia es por medio de una de esas cosas, o de ambas, que un individuo financia su llamado hecho por Dios. Pero convertir estos resultados en el estándar de medida refleja una presuposición humanista que declara que el carácter y la fe son menos importantes que las clasificaciones seculares.

Continuará ...

COMPAÑERISMOS DE CORAZÓN

Por John Eldredge

Mantenemos cortas nuestras reuniones, nuestras conversaciones, superficiales. “Así que, Ted, ¿cómo va todo en el Comité de Mayordomía?” “Oh, tremendo, Nancy. Tenemos una gran meta que alcanzar este año, pero creo que podremos tener ese gimnasio después de todo.” En realidad, nadie está siendo liberado, porque tampoco nadie está realmente en desacuerdo el uno con el otro. Nos hemos acomodado a la seguridad de los números – una distancia confortable y anónima. Como un ejército que sigue reuniéndose sólo para tener sesiones informativas, pero nunca se divide en pelotones ni va a la guerra. Vivir en comunidad es como acampar juntos. Por un mes. En el desierto. Sin tiendas de campaña. Todo su cargamento está allí afuera desparramado y todos pueden verlo. Vamos – cualquiera parece hallarse capturado por Cristo una hora a la semana, desde la distancia, en el punto más alto de su Domingo. Pero su vida está abierta para aquellos con quienes vives en comunidad.

Sin embargo, hay dos cosas que ahora tiene y que antes no tenía, y ellas hacen posible que funcione este tipo de compañerismo. Primero, tú sabes que el corazón es bueno. Ése es el elemento clave en la mayoría de compañerismos. Tu corazón es bueno, y el corazón de los otros es bueno. Esto hace mucho más fácil el confiar y perdonar. Cualquier cosa que pudiera estar sucediendo en el momento, cualquier malentendido que pudiera haber, sé que sus corazones, los unos hacia los otros, son buenos, y que estamos allí los unos para los otros.

Continuará ...

La Manera en que Somos Cambiados

Por Rev. Christopher J. Ortiz,

Enero / Febrero, 2006

(Tercera Parte)

De igual manera, la teología de Pablo con respecto al hombre, se enfocaba en los hechos externos de la carne. La mente precisa y la autoridad espiritual del apóstol se refrenaron en su definición de la naturaleza del hombre por el testimonio claro de la ley y los profetas. El hombre no tenía el propósito de ser un paciente perpetuo subyugado a las conjeturas de la psicología moderna. Más bien, el hombre iba a ser dirigido exteriormente hacia el juicio y el ajuste de sus acciones de acuerdo a la voluntad revelada de Dios en la Escritura – debe desvestirse del “viejo hombre” (Efe. 4:22). No había ninguna libertad que encontrar volviéndose hacia el interior.

Decid al Ladrón que No Hurte Más

Pablo nunca le sugiere el exorcismo al ladrón en Efesios. De igual forma descarta llamar al consejero del staff de la iglesia de Éfeso para programar una sesión con el bandido habitual. En vez de eso, Pablo instruye a la naciente iglesia que haga valer la ley de Dios. Pues la palabra-ley es útil para redargüir y entrenar en justicia (2 Tim. 3:16). He aquí su amonestación: “El que hurtaba, no hurte más” (Efe. 4:28).

La psicología actual consideraría eso un tanto simplista. Sin embargo, es la primera prioridad porque es la ley de Dios: no robarás (Éxo. 20:15). Comenzar con cualquier otra cosa (*e.g.*, su niñez, sus circunstancias, nuestros métodos psicológicos) sería atribuirle autoridad suprema a algo diferente a la santa ley de Dios.

La ley de Dios prohíbe el robo – fin de la discusión. ¿No es posible que un evento trágico en la niñez del ladrón le impulse a llenar el vacío de su corazón por medio del robo? No. Roba porque es pecaminoso. No importa cuán agudo sea nuestro análisis, aún seguimos viendo a través de un cristal imperfecto. Aún no conocemos como somos conocidos (1 Cor. 13:12). Por lo tanto, solamente podemos amonestar al ladrón de acuerdo a la ley de Dios. Debemos dirigir su visión hacia afuera.

Restauración y Productividad

El uso que Pablo hace de la ley en el Nuevo Testamento es digno de observar. En Efesios 4:28 Pablo va más allá del uso negativo de la ley, que solamente restringe el robo. Eso, es sí mismo, es algo incompleto y una garantía de que el ladrón muy probablemente caerá nuevamente en su pecado. Más bien, Pablo alienta al ladrón hacia la productividad adoptando su llamado principal como hombre creado a la imagen de Dios - ¡váyase a trabajar! Con una instrucción simple pero brillante, ahora Pablo hace valer el cuarto mandamiento sobre la conducta del ladrón: “sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad” (Efesios 4:28).

La ley de Moisés había declarado, “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra” (Éxo. 20:9). Nótese una vez más que esto también dirige al ladrón hacia fuera, a la labor objetiva en lugar de dirigirle hacia adentro, a una búsqueda subjetiva trivial. En la sabiduría de Dios, Pablo utiliza dos de los Diez Mandamientos en conjunción con el poder liberador del Evangelio para proveerle al ladrón su libertad del pecado. Él dirige al ladrón hacia fuera de él mismo, a su llamado bajo Dios como un miembro productivo del Reino. Al trabajar, en vez de robar, el ladrón no solamente encuentra su “sanidad interior” sino que ahora es capaz de aliviar a su prójimo al “darle lo que es necesario.”

Convirtiéndose en Un Activo en Lugar de Un Pasivo

Esto nos presenta un agudo contraste con el Cristiano de hoy que busca libertad por medio del exorcismo y la psicología pop. En lugar de hacerse productivo en su llamado, el Cristiano contemporáneo es fácilmente neutralizado al volverse una víctima perpetua yendo en pos de una libertad evasiva. Igual que la mujer con el flujo de sangre gastan su dinero en remedios profesionales que no alivian el sangrado incesante de sus almas.

Buscar remedios pop psicológicos o la liberación demoníaca puede crear un círculo vicioso. Aquellos que lo hacen tienen la tendencia a drenar los recursos de otros. Al volcarse hacia el interior se convierten en un remolino emocional que mina el tiempo y la energía de los seres amados y absorbe recursos que de otro modo podrían haberse usado para la productividad en sus respectivos llamados.

Continuará ...

Estableciendo el Estándar

Por Andrea Schwartz

Samuel Blumenfeld es un hombre sumamente perspicaz. Tengo el cuidado de escuchar lo que dice. Recientemente tuve la oportunidad de compartir una comida con Sam y durante nuestra discusión salió a relucir el tema de la educación en el hogar una y otra vez. Mientras le relataba algunas de mis experiencias me dijo, “¿Cuándo vas a escribir tu libro? Realmente deberías.”

Bien, un libro representa toda una labor considerando el hecho que tengo muchas cosas que consumen mi tiempo y educar a mis hijos en casa no es la menor de ellas. Sin embargo, hay algunas cosas que he comprendido, y también algunas experiencias, que estoy deseosa de compartir basándome en mis años de brindar educación en el hogar. El hecho de que he estado en esto por varios años no significa que mi manera de hacer las cosas sea mejor que las de otros. Tampoco significa que lo que funcionó para mí le servirá a otros de la misma manera. Lo que será cierto, independientemente de quién sea el que eduque en casa o en qué situaciones o circunstancias pueda encontrarse, es que Jesucristo es el soberano y Señor de todo. De modo que, cualquiera que asuma el llamado a la educación en el hogar llevada a cabo para el honor y la gloria de Dios debiese descansar con seguridad de que Él nunca le dejará, ni le desampará ni le dejará abandonar la tarea.

La tendencia más común que tienen las madres que educan en casa es sentir que están compitiendo con los educadores públicos en términos de las calificaciones o logros de sus estudiantes. Esto tiene sus puntos positivos en el hecho que el maestro hogareño quiera tener un estándar para evaluar el progreso de sus hijos. El problema, claro está, es que las escuelas del estado son el criterio equivocado por el cual emitir un juicio. Claro que queremos que nuestros hijos sean capaces de leer, escribir, dominar la aritmética y razonar. Ciertamente, queremos que estén entrenados lo suficientemente bien como para encontrar un empleo cuando sean mayores, un empleo para servir al Reino de Dios y que les permita sostener a su familia. Sin embargo, si hacemos que los logros académicos se conviertan en la piedra fundamental por la cual juzgar cuán bien se están desempeñando los niños, habremos caído en la mentira que afirma que la educación es lo que hace buena a la gente. Nuestra fe y las Escrituras ven las cosas de otro